

## LECTURAS SOBRE EL ARTE DE EDUCAR EL OÍDO

Para ver de amenizar estas abstrusas lecciones, voy á leeros un apólogo que encontré en un libro muy viejo, forrado en resobada badana. Le faltan la portada y las primeras hojas, y así es muy difícil barruntar el autor y la época en que se imprimió (1). El texto dice así:

“Havian vivido hasta entonces los cinco Sentidos corporales en Harmonia, i Paz; cuando supieron de ciertas predicaciones de un Fraile augustino, que allá en Alemania enseñaba el rebelarse de cada uno contra la Autoridad de los demas. I cada uno de los Sentidos pugnó entonces por ser Rei i Amo de sus Hermanos; i hallavase el Hombre en aprieto con aquél luchar en sí de unos Sentidos con los otros. Acudió el Rei de la Creación à Júpiter Dominador, i le rogó hiciese callar aquel Desbarahuste i Trapisonda que no le dejaba punto de reposo.

“El Dios para proceder en Justicia, hizo venir à su Prescencia à aquellos enantes Hermanos, i aora Emulos encarnizados. Vinieron conducidos por Mercurio, i formaronse en Círculo (o Corona) al pie del Trono del Tonante. La Vista dirigió en redondo una mirada: delante tenia al Dios fulgurante de Maiestad, despidiendo resplandores del Rostro: Iris con las Alas abiertas, le formaba Nimbo al rededor de la Cabeça. Tenia á su diestra mano à Juno la de los blancos Braços, à la izquierda un poco mas abaxo à Venus Afrodita: Mercurio apoiado en una Nuve, i con el Pie izquierdo alçado sobre otra, atava la Correa alada del Chapin ó Sandalia que aviase desatado en el viaje: Hebe estava lista à verter en la Copa el Nectar, i Ganimedes sostenia el ancha Fuente llena de Ambrosia.

“El Oído que (como es de suponerse) nada veía de tanta Maravilla, se mantenía avierto quan ancho era para

(1) Por el estilo y la ortografía, juzgamos que sea del primer tercio del siglo XVIII—N. de la R.

recoger la mínima Palabra del Dios, i se entretenía, i recreaba en el entre tanto es escuchar los Conciertos i Himnos de todos los celestes Músicos, i Cantores.

“El Tacto andava en quatro Pies tentando por aquí i por allá asta que topò con la Fimbria, o orla de la Vestidura ó Chlamide de Jupiter, bordada por las Nimphas, o por las Gracias (que en esto no convienen los Autores que tratan de la Mitologia), i se embebeció con tan prolixas i delicadas labores. Tuvo por contento el Olfato aspirar á Nariz plena el humo del Incienso, i de los sacrificios que suvian de la Tierra: en quanto al pobrecico del Gusto (al sentir del filósofo, i de Plinio el joven es el mas grosero de los sentidos) à falta de que comer uvo de contentarse con aspirar con la Boca abierta el Vaho que se escapava de la Cena preparada para los Dioses de menor-quantia.

“Habld entonces el Dios. Minerva iba escribiendo en Tablillas lo que Jove iba pronunciando: la Vista clavó la Mirada en las Tablillas, el Oído se puso todo à los acentos de su Maiestad Olimpica, i los demas Sentidos se quedaron à Oscuras de lo que estava aconteciendo. Solo el Tacto maliciò que algo estaria pasando por el temblor del Vestido de Júpiter. Declarò que no admitia como Partes del Juicio sino à la Vista, i al Oído: unicos que perciben aquel atributo subtilisimo del Ser, que de la Palabra latina *Formosus*, llamaron Formosura los antiguos, i nosotros decimos Ermosura. Los demás Sentidos no havian de tener voz, por ser coniuictamente ciegos, y sordos (las Leies del Olimpo no otorgan Fuero de ciudadano al que carece junto de Vista, i Oído).

“Que hable la Vista: escribiò Minerva por orden de Jove. Señor, (dijo) me corresponde la supremacia entre mis Hermanos. Percibo en los Cuerpos muchas, i distintas qualidades, como son: Color, Forma (que otros dicen Figura) Tamaño, i Distancia; que si no puedo como el Oído recibir el Sonido de las Voces, las leo en lo escrito, i no solo las de Personas presentes, sino de las ausentes, i mas:

las de los Varones insines que nos precedieron en el correr de las Edades. Sin mi, el Hombre no puede andar, à no aiudarlo Lazarillo, que siempre es marchar con Ojos, aunque ajenos; quanto menos podrá travajar, ni valerse para los menesteres mas urgentes de la Vida. Que si Vue-sa Majestad se dina de interrogar à el Hombre, qual Sen-tido mas temiera perder, dirà que perderme à mi, que es casi mas temeroso que perder la Vida misma. Hasta aqui fue el Discurso de la Vista.

“Damos la Palabra à el Oido, esclamò el Dios. Se leban-tò, i dio adelante dos ó tres pasos à tientas, i dijo: Es la verdad que à mi nada se me alcança de Color, ni de For-mas; pero yo percibo los Sonidos: de mi Hermana es co-nocer los Cuerpos: mio es penetrar en las Almas: de la Vista la Pintura, la Escultura, i la Architetura: mias la Poesia, la arte Oratoria, i la Musica que es la Arte unica que reside en la Gloria celestial, donde no hai Cuadros, ni Estatuas, ni Edificios, i si hai Musica como nos lo dicen los Libros de los Vates, i yo mismo lo he estado escuchan-do aqui. Que si quando un Hombre posee sus cinco Sen-tidos teme mas la Ceguedad que la Sordera: no piensa desta Manera desde que los llega à perder. El Ciego es ale-gre, i se consuela con la Platica de los demas Hombres, i tañendo: mas quien à mi perdiò, ese viye entre el Mundo como los Solitarios de la Thebaida, i se torna triste, i le roe, i devora la Melenconia: demas que el perder la Vista aviva los otros Sentidos, quales son Oido y Tacto: mien-tras el Sordo casi pierde asta el Entendimiento. Nacer sin Vista no empece para hablar: en tanto que el Sordo ori-ginal es Mudo, i si no le enseñan à escribir, (que es Arte maravillosa) ni aun llega à tener uso de Raçon. Asi fue la harenga del Oido.

“Jupiter, impuesto de las raçones de una y otra parte concediò la primacia....”

Falta el resto de la hoja, comida por la humedad, y por la incuria de los antiguos dueños del libro.

El oído es sentido no menos maravilloso que la vista.

Hállase situado á uno y otro lado de la cabeza, sobre el *peñasco*, que forma parte de los huesos *temporales*. Como el oído está destinado, entre otros muchos officios, á advertir al hombre de los peligros que le rodean, y á ponerlo en co-municación con sus semejantes, en cualquier sitio relativo en que se hallen, se encuentra colocado de manera que perciba los sonidos que le vienen de lado, de delante y de detrás.

Consta este sentido de tres partes: el oído *externo*, ó *oreja*; el *medio*, ó *timpano*; el *interno*, ó *laberinto*.

Componen la oreja, el *pabellón*, órgano cartilaginoso, que sobresale de la cabeza y tiene por objeto recoger las ondas sonoras, producidas por la vibración del aire. El *pabellón*—vulgo oreja—es, además de su función fisiológi-ca—adorno del rostro, y sustentáculo de los zarcillos que desde los tiempos bíblicos, adornan el rostro de las muje-res, y en muchas tribus salvajes, de los varones mismos.

Cuando ciertos cuerpos golpean contra otros, y cuando las partes de un cuerpo vibran movidas por un agente ex-terior, se producen en la atmósfera corrientes circulares, concéntricas, semejantes á las que forma una piedra arrojada en medio de un estanque. Tales ondas se recogen, y al recogerse se refuerzan en el pabellón, y penetran por el *conducto auditivo externo*, que sigue del pabellón adentro, cubierto por la dermis, en la cual existen muchos folículos, ó menudas glándulas sebáceas, que secretan un humor que, al congelarse, se llama la *cera* del oído.

El *oído medio* ó *timpano*, situado ya dentro del hueso temporal, consta del *tambor*, formado de dos huesos solda-dos entre sí, el hueso *de la caja*, que forma la mayor parte del órgano, y el *cuadro del timpano*. El tambor está re-vestido interiormente por una membrana mucosa.

El *timpano* comunica con la faringe con un canal, lla-mado *trompa de Eustaquio*, que hace que se mantenga el equilibrio entre el aire contenido en el oído medio con la presión del aire exterior, y así la membrana del *timpano*

vibre de una manera adaptada á las impresiones sonoras que recibe.

El lado anterior del tímpano, colindante con la piel del conducto auditivo externo, está cerrada por la *membrana del tímpano*, tirante como la tela de un tambor. Esta membrana se comunica con la que cierra la parte posterior del tímpano, ó *ventana oval*, por una cadena de huesecillos articulados, que se templan ó se aflojan según lo intenso del sonido, y que son cuatro: el *martillo*, el *yunque*, el *lenticular* y el *estribo*—de los objetos á que se asemejan.

El oído interno ó *laberinto*, colocado detrás del tímpano y en contacto con él, consta de dos cavidades: *el utrículo*, que lleva adheridos varios canales en forma de arcos, llamados *canales semicirculares*; y el *sáculo*, comunicado por la parte inferior con el *caracol*, espiral formada por dos rampas paralelas. Todas estas cavidades están llenas de un líquido, la *pulpa gelatinosa*, en la cual nadan las innumerables ramificaciones del *nervio auditivo*.

Sobre la lámina que divide el caracol hállanse muchas células yuxtapuestas, unidas por la parte superior, libres por la inferior, que unidas forman arcos llamados *arcos de Corti*. Son como las cuerdas del instrumento auditivo. Y así como las de una vihuela bien templada vibran, y aun suenan blandamente cuando se produce cerca de ellas un sonido en el mismo tono, así los arcos de Corti, al recibir el movimiento de las ondas sonoras recogidas por el pabellón, aumentadas al golpear el tímpano, transmitidas por la cadena de huesecillos, vibran, ponen en movimiento la pulpa y los filamentos nerviosos que flotan en ella; y de allí se transmite la sensación al cerebro.

El oído, que es sentido estético, como antes quedó dicho, tiene una función más noble y espiritual que la de percibir simplemente las vibraciones de los cuerpos. La física distingue sabiamente entre el *sonido* y el *ruido*. El primero consta de vibraciones regulares, cuyo valor puede medirse; al paso que el segundo consta de vibraciones capri-

chosas y que producen efecto desagradable. Los sonidos son la materia del arte divina de la música.

Por metáfora, se llama *oído musical* la facultad de percibir netamente los sonidos y compararlos y combinarlos hermosamente entre sí.

Hay oído para la música y le hay para la poesía. Esta es una especie de música; y entre el verso y las composiciones musicales existen relaciones estrechísimas. Prueba de ello es que, en los pueblos primitivos, la poesía no se compone sino para el canto; y de aquí el nombre de *oda* (canción) que dieron los vates griegos á las composiciones destinadas á semejante fin; y el llamar aún en nuestros tiempos *lirica* (para cantada al són de la lira) á la poesía de carácter subjetivo. ¿No es el canto la más bella de las formas de la música? ¿No es la laringe humana el más excelente, el más amplio, el más dulce, el más expresivo de todos los instrumentos musicales?

Y con ser la música y la poesía hermanas gemelas, hay personas del oído más delicado y exquisito para una de las dos artes, y poco menos que sordas para la otra.

Vosotros, estudiantes de Letras, habéis de tener presente que así como el que carece de oído musical, jamás podrá tocar ni cantar, así el que no tiene delicado oído poético, no debe hacer versos, aunque por otra parte le sobre talento, imaginación y afectos encendidos.

Hay quien tope con lo siguiente:

Bajo la cripta adusta de las catedrales

Caen las armonías en las puras corolas

De esmalte, que brillan en místicos vidriales,

y crea, de buena fe, que está leyendo versos.

A otros les alcanza el oído hasta advertir la falta ó sobra de sílabas en un verso, y la ausencia ó trastrueque de los acentos prosódicos más indispensables. Toman como versos estos dos renglones de Campoamor:

El cura del Pilar de la Horadada  
Como todo lo da, no tiene nada.

Y no advierten la diferencia con este pasaje de Jovellanos :

¡ Cuál brillan los tirantes carmeses  
Sobre la negra crin de los frisones !

Porque no les alcanza el oído para percibir las vocales largas y breves—que existen en castellano aunque menos marcadas que en latín—ni las consonantes capaces de alargarse en la lectura, como la *r* y la *s*; ni las cesuras, ni los acentos suplementarios, ni las coyunturas ó articulaciones del verso.

Más raro que el oído para la poesía, es el que mira á la prosa, que tiene su música especial, tanto más difícil de producirse, cuanto no está sujeta á reglas y medidas fijas é invariables. En el estudio de D. Miguel Antonio Caro sobre el *Quijote*, que alguna vez os leí, hay preciosas indicaciones sobre la armonía de la prosa en general, y en particular de la cervantina. Como aquí no estamos tratando ex profeso el asunto, no me detengo en él; y sólo añado que una es la música del estilo oratorio y otra la del escrito. Por eso, así como raras veces un mismo autor es poeta y prosador eximio, así muy pocos alcanzan á un tiempo la palma de orador y la de escritor. El gran Donoso Cortés tiene en sus obras didácticas é históricas la misma forma de sus arengas y discursos, y Castelar fabrica elocuencia aun en sus cartas.

Entre los modelos de prosa en el punto de vista del número y la armonía, descuellan Cicerón, en la literatura clásica latina; San León el Grande, en la época de la decadencia de las letras romanas.

En nuestra lengua, la palma corresponde á Cervantes y á Granada; y, para mi oído, antes á Granada que á Cervantes.

R. M. CARRASQUILLA